

# NOVELA

---

## TODOS LOS VERANOS



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

*Santander, 2010.*

Depósito legal.

*A ti,  
en tu viaje de vuelta.*



# Capítulo I

## *MERECE LA PENA*

Si algo me gustaba de aquella pensión era la serena tranquilidad del barrio en que se aposentaba. En definitiva, la modesta población de San Lorenzo era de por sí apacible y monótona, casi hasta el aburrimiento. Por eso la escogí como el marco ideal para sentar las bases de mi futura obra y, allí, en la pensión de la calle Doctor Fleming establecí la sede permanente de mi estudio de pintura. Mi propósito consistía en romper las penurias y tópicos que asolan a los artistas, esclavos de una vida sometida a los mandatos últimos de las primeras necesidades, el pan, la ropa, la oficina, el coche... Demasiadas obligaciones acaban por inutilizar el talento y este, como joya atesorada, debe hallar rienda suelta a su expresión sin límites, imposiciones o ataduras que impidan su natural desenvolvimiento. Esto es lo que perseguía, no perder la espontaneidad debería constituirse en la máxima de un artista que se precie. Era un modo de vida y, por tanto, había que protegerlo.

La luz de la tarde impregnó muchos de los cuadros que durante horas incontables acabé de finalizar allí, en el estudio de la segunda planta. No me habría importado tampoco alquilar el ático de arriba, pues las pinturas se amontonaban, lienzo sobre lienzo, contra las paredes repletas de mi modesto y diminuto apartamento. Además, me frenó el hecho a considerar de obligarme a pagar un alquiler más, lo que me llevaría ineludiblemente a la rueda trepidante de la que me empeñaba en huir. Por eso, aquella mañana me sobresaltaron los ruidos provenientes del apartamento superior, hasta entonces desocupado. La tranquilidad que disfruté en solitario hasta aquel momento pareció anunciar su irremediable final con aquel taconeo repetido de unos zapatos que caminaban arriba, de un lado para otro, ahora arrastrando algún objeto pesado o bien golpeando el suelo del piso con un caer estrepitoso y descuidado.

La señora de la pensión me explicó sin entrar en demasiado detalle, al escuchar mi esperada pregunta, que había alquilado la buhardilla a una mujer recién llegada, no se acordaba de dónde si es que se lo había dicho. Y rápidamente, como si temiera un bombardeo de preguntas en exceso curiosas, desapareció por una de las puertas del enorme pasillo que cruzaba de lado a lado la planta baja, destinada en su totalidad a la vivienda de los propietarios del negocio.

Cuando subí a mi habitación pude observar a través del hueco en el rellano de la escalera que su puerta estaba abierta. Una claridad inmensa irradiaba desde adentro, quizás el balcón también estuviera de par en par ventilando la habitación hasta ahora deshabitada. Me descubrí curioso, casi que impertinente, intentando inconscientemente crear excusas para averiguar quién y con qué se ocupaba la morada que descansaba encima de mí. Esa tarde me costó trabajo concentrarme para proseguir con la marcha de mis pinturas iniciadas. Escuché un fuerte portazo de arriba, tal vez causado por una corriente de aire desprevenida y me pareció una disculpa aceptable para salir afuera a entablar una posible conversación. Nadie en el rellano y la puerta, de nuevo, volvía a permanecer abierta... Decidido a inventar cualquier pretexto subí escaleras al ático hasta llegar ante la puerta. Nadie adentro, sin embargo se podían contemplar los muebles y adornos y busqué los detalles capaces de hablarme sobre la naturaleza de la persona que allí vivía. Escuché ruido de agua en la otra habitación, posiblemente se encontraba en el baño. En efecto, me asustó cuando de súbito hizo acto de aparición, únicamente cubierta con una camiseta corta y una braguita blanca y fina, tanto que ocultaba solamente lo preciso. Se apercibió de mi presencia cuando se disponía a ordenar el equipaje de sus maletas extendidas sobre el sofá y, sin terminar de volverse hacia mí, me indicó en voz alta que la puerta estaba abierta, invitándome a traspasar el umbral. Pude comprobar que sostenía un cigarrillo entre los labios.

-Solo quería presentarme, escuché ruidos y... Soy el vecino de abajo.

-No molesta, no se preocupe. ¡Adelante! -su tono no denotaba la amabilidad que se dice por cumplir, pero preferí pecar de prudente y posponer la visita.

-Cuando acabe de instalarse, tranquila, gracias... Ah ¡Y bienvenida!

A la tarde siguiente coincidimos en el rellano, ella regresaba de fuera, elegante, bien arreglada y, rápidamente, se aprestó en acabar la presentación de la otra tarde. Me ofreció subir al ático y me puse cómodo en el sofá mientras ella entraba al baño. Observé el ambiente acogedor de

la sala frente al amplio ventanal que daba a los campos y jardines que preceden al bosque de San Lorenzo.

Escuché que me hablaba desde el baño, se quejaba del día tan intenso que había soportado. También, ensalzó la belleza de los bosques de San Lorenzo y las bondades de los pequeños pueblos que, en su natural humildad, esconden el secreto de la serena tranquilidad y del saber vivir, algo de lo que se han olvidado en las ciudades. Salió envuelta en una toalla y con el cabello mojado recogido en otra, a modo de turbante. Una mascarilla de intenso verde pistacho le cubría los párpados y seguía explicándose, mientras se frotaba los brazos con una crema incolora que desprendía un aroma fresco y penetrante. Se interesó por mí, de dónde era, a qué me dedicaba y se sorprendió con admiración al enterarse que era pintor, sí, de lienzo y pincel fino, sí, sí, un artista. Entonces me habló de su trabajo, de su penosa labor de modelo publicitario y, a decir verdad, no me habría extrañado reconocer su rostro de entre algunas de las revistas de moda.

Su estancia en San Lorenzo se debía a un reportaje filmado en el entorno del bosque y de sus afamados jardines, que constituían el marco apropiado para aquel cortometraje de una nueva colonia, una innovadora fragancia para el mercado cosmético. El día anterior fue pesado y repetitivo, hubo que volver a filmar las mismas tomas hasta encontrar el efecto de luz apropiado o, mejor, la lente capaz de reflejarla con fidelidad. El fotógrafo acabó por poner nerviosas a las modelos con sus exigencias y hoy igualmente, las tomas se sucedieron compulsivamente, sin apenas descanso. Mañana sería otra dura jornada, pero disponía de todo el fin de semana para recuperarse y descansar. Se había propuesto no caer en la vorágine del ambiente que rodeaba al trabajo y por eso escogió aquella población cercana a los bosques y aquella modesta pensión, alejada de las compañeras y de los equipos de filmación, sí, merecía la pena.

Con ánimo de corresponder a su sincera claridad, le manifesté mi interés por su atractiva profesión, viajando, conociendo lugares nuevos a menudo de alto postín y disfrutando de personajes y ambientes selectos. Había vuelto a salir del baño luciendo un ajustado corpiño de flores que dejaba al descubierto el redondeado ombligo de su vientre moreno y liso, por encima de su braguita blanca y tan estrecha. Se estaba peinando su rubia melena cuando de pronto paró el movimiento del cepillo e, inmóvil en el centro de la habitación con los brazos caídos al suelo, parecía prestar atención a quién sabe qué mandato divino. Se le ocurrió de repente aquella idea, la de posar para mí, casi con fijación obsesiva, la de que tenía que pintarla, sí, se propuso llevarse de aquel lugar su retrato.

Acepté la idea instintivamente, no pensé en compromiso alguno pues es mi costumbre cotidiana andar entre colores y paletas y, por eso, sé apreciar el valor de un modelo espontáneo que se preste. Al marchar, quedamos en concretar el proyecto en ese fin de semana y, cuando quise cerrar la puerta, ella se interpuso y me susurró al oído que una puerta entreabierta es la mejor de las cerraduras y que siempre la encontraría así... Bajé los escalones, pero solo escuchaba la zozobra de mis latidos agolpados dentro del pecho. Sin embargo, esa noche dormí plácido y descansado como hacía tiempo que no lo recordaba.

A la noche siguiente sentí sus pasos subir hacia el ático muy de madrugada, sin duda, debió de tener otra dura jornada de trabajo o quizás de fiesta. Ya por la tarde me asomé a su puerta... El ruido de la ducha cesó y su cabeza enmarañada apareció tras la puerta del baño.

-Pasa, pónte cómodo... Pero antes trae tus bártulos, artista, empezamos ahora...

Sin rechistar, obediente, subí aquel juego de pinceles nuevo que guardaba para no sé qué sesión especial, también los lienzos de bastidor y el caballete de campo que para aquella ocasión me serviría ni que pintado. La luz que entraba por el ventanal de la sala creaba la atmósfera idónea y, rápido, dispuse todos los elementos y material necesario para convertir la habitación en un improvisado estudio. Ella atendía mis indicaciones, envuelta en su media toalla y con su inseparable braguita, tan diminuta y estrecha. Le expliqué el modo de tenderse en el suelo, la posición de las piernas entrecruzadas, de las manos posadas y expresivas, el ángulo del rostro y la leve torsión del cuello con la cabeza inclinada para que el escorzo lograra reflejar toda la delicadeza sensual de aquel bello cuerpo, sugerente. Una belleza que me impresionó y a la que, con el aliento contenido, procuré sobreponerme para que los primeros trazos delimitasen el marco de lo que sería el próximo escenario. También me preocupé de realizar descansos, no deseaba resultar igual de molesto que los fotógrafos con los que había trabajado. Ella lo agradeció, se sentía cómoda, sonreía y, de un golpe, se desembarazó de la toalla y su braguita...

-Así mejor... -musitó al tiempo que su mirada esbozaba una sonrisa picarona.

-Podemos continuar mañana, no es necesario agotarse ni acabar hoy... -, intenté disculpar.

Pero ella se puso en pie y vino hacia mí...

- No, ¡pónte cómodo tú también!



Tiró de las mangas de mi jersey y me lo quitó. Luego sentí sus pechos pegados a la piel de mi torso, sus pezones me acariciaban con suavidad de terciopelo y con su boca besaba mi hombro y me mordisqueaba el cuello. Posé los pinceles, sin poder evitar que alguno cayera. Sabía lo que iba a suceder casi como si lo hubiera imaginado, como si lo hubiera pintado. Los dos cuerpos desnudos rodaron sobre el suelo alfombrado, abrazados en una sola caricia, fundidos en un gemir de pequeñas pasiones encendidas que aumentaban en intensidad, ansiosas ya por desbordarse o ya por encumbrarse a otra cima más alta de placer. Así, hicimos el amor entregándonos por entero, hasta que el sueño nos acogió bajo su reinado nocturno. Desperté a medianoche, al lado de su cuerpo caliente y desnudo, juntos bajo el edredón, sin querer despertar nunca de aquel sueño.

En los días sucesivos compaginamos sesiones de fotos con las poses frente al lienzo. Nunca conocí una sensualidad así de salvaje y única y, también, sabía que al igual que llegó sin esperarlo volvería a marchar, quizás sin retorno. El final llegó triste, sí, pero lo celebramos con otra sesión doble de amor sin freno. Luego, por fin el adiós, una despedida con sonrisa...

Ahora miro hacia su puerta desde el rellano, esperando encontrarla entreabierta. Tal vez regrese algún día aunque tan solo sea para recoger su pintura, el retrato que le dediqué. Tal vez algún día añore el tiempo detenido de los pueblos pequeños donde la vida recupera la respiración al compás del bosque y regrese para recobrar la tranquilidad del aroma que merece la pena.

# Capítulo II

## *EL REENCUENTRO*

No fue hasta varios años después, en una de las habituales sesiones de dibujo que solía realizar en el interior del museo del Prado, cuando me pareció reconocer la figura de mi improvisada modelo; perseguí su estilizada silueta por los largos pasillos, sorteando grupos de gente que observaban los cuadros expuestos, hasta que me pareció distinguirla, esbelta, elegante, en la sala de Las Meninas. Sin embargo al acercarme no pude disimular el gesto de decepción que me causó comprobar mi error. No era ella. Volví al banco de la sala donde había estado tomando apuntes del original y continué con mi labor. Estaba acostumbrado a trabajar sin que el ajetreo de alrededor me afectara, ni ruido ni tumulto alguno conseguían distraer mi concentración de la tarea en la que andaba enfrascado, lograba aislarme hasta el punto de seguir dibujando a pesar del mayor de los revuelos, pero sin saber por qué, al cabo de un rato, noté una extraña sensación y, poco a poco, me fui girando hasta contemplar enfrente, de abajo a arriba, el rostro de la mujer que me observaba.

-...Veo que no pierdes el pulso –afirmó la chica, empujando hacia abajo la montura de sus gafas de sol.

-No querrás creerlo, pero hace unos minutos estaba persiguiendo una premonición por estos pasillos...

Ahora sí, pude reconocer aquellas pupilas grises enmarcadas en maquillaje verde esmeralda...

-¡El Gran Teo Nalda! Cuánto tiempo, Mateo...

-..Esmeralda –sólo entonces recabé en el tiempo que llevaba sin pronunciar su nombre- ¡Hola, Esmeralda!

Sujeté los dibujos y apreté la carpeta sobre mi regazo, iba a incorporarme para corresponder el saludo, pero uno de los lápices resbaló de entre los dedos y cayó al suelo. Ella se adelantó, más rápida, lo recogió y, tomando asiento, me lo entregó con una sonrisa. Hice ademán de dejarle sitio en el estrecho banco, pero ella pegó su talle a mi cuerpo; me gustó el contacto, sentirla cercana.

Iba a decir algo, pero también ella se adelantó a la hora de iniciar la conversación. Me explicó que había pospuesto el trabajo de modelo fotográfico y que ahora estaba más involucrada todavía con el mundo de la moda, ya que trabajaba para la revista de Fotografía que patrocinaba la firma que antes ella misma había publicitado. Se trataba de una tarea más intelectual, debía redactar, componer artículos, pero ello incluía investigar previamente, documentarse, trasladarse a lugares, a veces bastante alejados, y contactar con los responsables o protagonistas de lo que iba a ser la noticia. Estaba preparando un reportaje, lo más actualizado posible, de las tendencias artísticas de vanguardia en aquella zona y dejó entrever que no había sido tanta casualidad haberme encontrado, ya que no conocía a tantos artistas dentro del mundo de la pintura y, por razones obvias en su momento, de él guardaba un bello recuerdo. En efecto, supuse las enormes dificultades con las que debía toparse, sin pertenecer a aquel mundillo, e incluso perteneciendo, resultaba complicado recabar información medianamente fidedigna sobre los trabajos de artistas de los que nadie había nunca oído nombrar. En cualquier caso, para estos artistas siempre representaba la oportunidad de emerger, de ser descubiertos, apenas una ínfima semilla de la gran siembra que suponía adquirir prestigio, pero era un inicio, una esperanza, una voz en el desierto que, con un poco de suerte e insistencia, devolvería el eco esperado, un eco con frutos.

Me hice el sorprendido:

-¡No me digas que me has elegido para tu trabajo!

-Supongo que no te negarás, ¿no?

-...¡Encantado, por supuesto!

-No esperaba menos...

Me gustaba oírla hablar, su modo de expresarse con ademanes suaves de las manos, sin perder la compostura, con un leve gesto de cabeza que resultaba sensual a la vez que interesante. Me agradaba la idea de tenerla cerca de nuevo, la posibilidad de disfrutar de los beneficios añadidos de su compañía... ¡Quién sabe! No podía olvidar su imagen, grabada a fuego en la retina de mi deseo, saltando alocada, en braguitas, sobre el sofá de mi apartamento. De alguna manera me hacía ilusiones con aquella posible relación; si no fructificase, al menos contaría con la opción de estrechar lazos o de intentarlo. Se alojaba en el hotel Continental, situado en el centro neurálgico de la ciudad, en pleno Madrid, así que por el momento deseché un acercamiento inmediato; mejor sería pecar de prudente si el premio consistía en merecer su confianza. Le enseñé los dibujos que había realizado ese día; escuchó atenta mis explicaciones sobre el trazo o

la intención de la perspectiva elegida. Era mi tema predilecto y costaba hacerme parar una vez comenzaba la digresión; de algún modo, en aquel intercambio de opiniones, revelaba conceptos, experiencias y matices subjetivos, que perfectamente se podían extrapolar al arte en general y que a ella iban a resultarle valiosos.

-...Tienes que repetirme todo eso cuando tenga mi cuaderno de notas delante –se lamentó Esmeralda-, ¿serás capaz, verdad?

-Sólo tienes que dejarme hablar, Esme –bromeé, rozando su brazo con un toque cómplice del codo-, pero no me hagas repetirlo demasiadas veces. Digo lo que siento y no siempre se lo aprende uno de memoria.

# Capítulo III

## REGRESO AL PUEBLO

Era viernes, hasta el próximo lunes no volveríamos a encontrarnos en la misma sala del mismo museo, por lo que procuré no tentar a la suerte y me conformé con una despedida correcta y el horizonte breve del fin de semana. Sin embargo, aquella misma noche cambiaron los planes, en cuanto hablé con mi madre por teléfono; desde las fiestas navideñas no había vuelto a contactar con mi familia más cercana. Fue mi madre quien llamó, quien me puso al día de los últimos acontecimientos: la muerte del abuelo y la obligada presencia junto a los míos en la ceremonia del entierro del domingo próximo. Ir y venir me llevaría dos días, si los sumaba al de la ceremonia más una breve estancia aquel viaje agrandaría con creces la distancia en el tiempo, pero no podía evitar acudir al requerimiento de mi madre, así que llamé a Esmeralda a la mañana siguiente para posponer nuestra cita.

No fue sorpresa lo que noté en Esmeralda cuando la comuniqué mi ausencia durante unos días, más bien sonaba a esa cierta desazón que provoca el imprevisto de un cambio de planes.

-...Pero verás, Esme, se trata del entierro de mi abuelo. No puedo...

-Es que tenía todo preparado para acabar contigo esta semana y así comenzar el informe después...

Ella insistía, parecía no querer comprender el calibre del evento que obligaba a postergar nuestro trabajo conjunto. Incluso pude vislumbrar en la distancia el rayo luminoso y fugaz de una ocurrencia repentina cuando le comenté la dificultad de encontrar billete para el tren:

-He de estar allí el domingo como sea, si no...

-Espera un poco –me interrumpió al otro lado del teléfono-. Hasta luego.

-Pero, Esme, ¿qué dices...?

Me quedé a solas con la pregunta, ya que rápidamente colgó. Me inquietaban ese tipo de incertidumbres, como si no tuviera ya demasiados rompederos que solucionar en ese momento. Sabía que algo tenía que ocurrir y obtuve la respuesta poco después de un largo cuarto de hora, el tiempo que se tarda en llegar por la autopista desde la ciudad a San Lorenzo. Escuché afuera el chirrido de unos neumáticos al patinar sobre

el grijillo del jardín y supe que era ella. En efecto, el taconeo de unos pasos apresurados resonaba en los pasillos de la pensión.

Abrió la puerta para recibirla antes de que llegase a llamar. No se sorprendió:

-Recoge las cosas que necesites llevar, Mateo –entró a la habitación dejándose caer en el sofá-, nos vamos de viaje.

-Eres tremenda... –musité entre sonrisas.

El vehículo de Esmeralda nos permitiría llegar a Abergan con tiempo sobrado. Mientras acababa de preparar el equipaje, Esmeralda desenfundó su cámara y sacó fotografías a cada cuadro de los que llenaban el estudio, los que le gustaban o los más acordes al trabajo que debería realizar después. Una colección de dibujos a carboncillo llamaron poderosamente su atención, se cebó en ellos, a la vez que se deshacía en exclamaciones de elogio.

-¡Qué maravilla!...

Tan involucrada andaba en la tarea que tuve que ser yo quien al final la esperara y, con acusada impaciencia, insistiera en la marcha.

-Bueno, ¿vamos a ir o qué...?

Al mediodía dejamos la capital, justo para llegar a comer un frugal menú del día en Osorno, a pie de carretera.

\* \* \*

La tarde se encendía de rosas luminosos cuando entramos al Hotel El Paso, en un desvío a la salida de Abergan. Nos habíamos arriesgado, pero con éxito, al menos encontramos una habitación con cama de matrimonio y los precios allí, a esas alturas de la temporada, seguían resultando soportables. La ventana del dormitorio daba al sur y, por encima de unas huertas floridas, pasaba la antigua carretera nacional, transformada hoy en autovía. Esmeralda se asomó, quedó encantada con la luz diáfana que irradiaba la tarde...

-¿Sabes a lo que me recuerda? –no me dejó contestar- ...Me recuerda a San Lorenzo, aquel bosque al fondo, más verde tal vez.

-..Entonces ya sabes por qué me gusta San Lorenzo –le respondí, sonriendo con picardía.

Después de vaciar las maletas y ordenar el modesto vestuario en los armarios, insistí en bajar al porche del hotel. Enfrente discurría una carretera comarcal, de espaldas a la autovía, apenas transitada; con sólo cruzarla se accedía al camino que llevaba a la casa de los abuelos en Abergan, un paseo agradable para una tarde tranquila.

-Voy a explicarte el espíritu que anima mis pinturas –dije señalando hacia el cielo en aquella dirección.

Pero Esme estaba cansada por el viaje, se colgó de mi brazo y me arrulló con un lastimoso y convincente jadeo.

-...Después, Mateo –me consoló-, mañana después del entierro andaremos todo lo que quieras...

Aunque me podían las ganas de subir hasta la casa y rememorar los rincones de aquellos parajes cercanos, accedí de buen grado. A fin de cuentas, después de la ceremonia del entierro, al día siguiente, disponía del tiempo suficiente para mostrarle a Esmeralda algo del escenario que a menudo quedaba representado en mis obras. Me consolé con la idea de que tal vez estar a solas con ella derivase en un acto de amor apasionado que anhelaba con el recuerdo fresco aún de la última vez, en la despedida de nuestro primer encuentro, pero noté que reservaba ese momento íntimo para una vez hubiera pasado el día de la ceremonia que allí me congregaba y, en cierto sentido, reconocía su comprensión y saber hacer. Sin duda, sería así lo mejor.

# Capítulo IV

## *OTRO DOMINGO*

No pasaba el tiempo por Abergan, al menos era una ilusión que desearía que se convirtiese en realidad. Pero lo cierto es que ya no era aquel chiquillo que jugueteaba entre los árboles, por los campos verdes que se extendían en torno a la casa de Abergan. También yo había cambiado, aunque los años no habían conseguido borrar ese hondo sentimiento de cariño hacia la tierra que contempló cómo comenzaba a andar. Aún hoy, cuando me acercaba hasta allí, me estremecía de modo singular el aroma del campo, de las flores y, aunque el bosque era igual a todos los bosques de cualquier otro lugar, allí emanaba un olor especial que me decía que estaba en casa, en Abergan; hasta los pájaros parecían ser los mismos que en otro tiempo me vieron corretear por la ladera de sus prados. Aún hoy, a pesar del tiempo transcurrido y de los hechos acontecidos, aquella tierra parecía reclamar algo como suyo, algo que sabía que nos acompañaría siempre hasta el último de los días y que no pertenecía a nadie sino a ella, sólo a ella. A Abergan...

\* \* \*

La mañana del entierro amaneció lluviosa, con lo que dejé a un lado mi proyectado paseo por los alrededores. Casi había olvidado el carácter improvisado del clima en el norte, que imposibilitaba hacer planes para el día siguiente o incluso dentro de la misma jornada. Esmeralda supo sacar partido al obligado encierro con las fotos que había tomado de mis trabajos antes de partir; me las iba mostrando una a una y distraje las primeras horas de la mañana tratando de explicarle lo que representaban algunas de ellas, describiendo nociones de la técnica empleada o del sentido que había pretendido conseguir en distintas fases de su conformación.

-¿Y ésta...? —preguntó, señalando un lienzo al óleo de mis primeros tiempos.

-Es la casa de Abergan, de mis abuelos. Mañana iremos, verás que ha cambiado algo...



Admiré su perspicacia, de alguna manera estaba sustrayendo información para preparar su trabajo.

Cuando llegó el momento, Esmeralda se quedó en el hotel; acudí solo al evento familiar. No había anunciado a la familia la presencia de Esmeralda y tampoco quería crear falsas expectativas con su relación de la que, sin duda ninguna, daría que hablar en días posteriores. Cuando me preguntaron por el alojamiento expliqué que acababa de llegar, que no se preocuparan, porque tenía que marchar al día siguiente para atender unos compromisos de trabajo ineludibles.

-...Pero en casa siempre tienes un sitio donde quedarte, Mateo –replicaba mi madre en un cierto tono de disgusto-, no tienes por qué gastar dinero.

Me excusé, convincente, arguyendo que se trataba sólo de una noche y que la estación se encontraba a un paso del hotel...

-...Así podré tomar el primer tren de la mañana a Madrid –mentí sin mayor malicia.

Cuando por fin llegó la comitiva aún arreció más la lluvia, dispuesta a no permitir tregua alguna durante el sepelio. El coche fúnebre se acercó hasta la entrada de la iglesia y los asistentes se arremolinaron a su alrededor, formando dos hileras bien diferenciadas a ambos lados. Me puse junto a los míos, próximos al muro de entrada. Enfrente tenía a la tía Celia y a sus hijos, unos primos a quienes no conocía sino de oídas. También ellos nos miraban, aunque con una insistencia fija, más persistente. A diferencia de ellos, ahora ya me sentía capaz de entender que la distancia crea obstáculos insalvables entre los miembros de una misma familia, sobre todo en momentos como aquel. Nos reunía allí un hecho común, éramos familia, sí, aunque sin trato, desunida. Iban a enterrar al abuelo y, después, nada volvería a reunirnos, nunca. Todos sabíamos que aquella era la última vez que estaríamos juntos en Abergan...

Al acabar la misa todos aguardamos afuera la salida del féretro. La lluvia concedió una breve tregua, lo que me permitió cerrar el paraguas y sustituir a mi tío, el padre de mi primo Enrique, en uno de los laterales del féretro; era demasiado mayor para sujetar la pesada carga. El primo Enrique iba detrás de mí, de alguna manera estábamos saldando una cuenta, un compromiso con los años compartidos. En otro sentido, formábamos parte ya de la estratagema que una mano oculta había urdido en la sombra, mucho antes, sin escrúpulo alguno.

Aguanté estoico las últimas palabras que el sacerdote dedicó al fallecido y a los asistentes, y cuando el albañil cerró el féretro tras aquella otra

tumba de ladrillo y cesó el eco sordo de los golpes de su herramienta, intercambié unas palabras con mi primo Enrique. Era con quien más relación tuve de pequeño, habíamos jugado juntos por aquellos campos y hacía bastantes años que no nos veíamos ni hablábamos. Era maestro, estaba casado también con una maestra y tenía tres niños de edades escalonadas, a cual más diferente; les saludé, uno a uno, con afecto. Vivía y trabajaba en la ciudad y los fines de semana marchaba con la familia al chalet que había comprado en una población más próxima a la capital que Abergan. Noté que le alegraba volver a verme y hablar; disfruté de la sensación cercana de aquel encuentro reparador.

Al final nos fuímos despidiendo unos a otros, entre abrazos y promesas de reuniones futuras: los tíos, mis primos, además del primo Enrique, mis hermanas, mis padres, todos fueron desapareciendo en el interior de los vehículos, cuesta abajo, hacia la carretera que llevaba a la ciudad; la otra familia había desaparecido antes, rápida, casi de forma furtiva, de acuerdo a su estilo.

Me quedé a solas contemplando la estela de silencio sostenido que flotaba en el ambiente y, de reojo, avisado por un sexto sentido, descubrí a Esmeralda en el recinto de la iglesia, fotografiando rincones desde ángulos originales. Me acerqué hasta ella un tanto azorado, casi incrédulo...

-No pude contenerme, quería conocerlo cuanto antes –se excusó, adivinando mi gesto-. De ninguna manera pensaba inmiscuirme entre los tuyos.

La lluvia volvía a hacer acto de presencia, fina y constante, incómoda.

-Pero será mejor dejarlo para mañana, Esmé, se te estropeará la cámara si seguimos aquí afuera...

Descendimos juntos, guarecidos bajo el paraguas, por la misma carretera por la que minutos antes partió la comitiva familiar. En cierto sentido se me hacía extraño estar compartiendo aquel camino tan íntimamente ligado a mis recuerdos de infancia con Esmeralda, con una mujer que había surgido de repente como la improvisada acompañante en un tramo específico de mi historia; tal vez aquel hecho tuviera algún significado, tal vez se tratara de algo más que una pura coincidencia de circunstancias. Deseé para mis adentros que ojalá así fuera. Mientras tanto me propuse disfrutar del momento enseñándole promontorios, montes cercanos y montículos con nombre propio, veredas y vericuetos casi ocultos por zarzales que, en otra época, recorrí con asombro de explorador infantil y que conducían a praderías, eriales o bosques vecinos. Le señalaba aquí o allí y, sin esfuerzo apenas, el recuerdo hilaba

fluido, fresco, con multitud de detalles ricos, vivos. Seguimos descendiendo, agarrados del brazo, por la pista asfaltada que tantas veces recorrí en bicicleta, hacia la carretera general, que nos llevaba de regreso al hotel, mientras los recuerdos acudían dóciles, con inusitada fluidez a la mente, a cada paso.

# Capítulo V

## VERANO EN ABERGAN

No cabe en la cabeza de un chiquillo pertrechar argucia alguna, a no ser ese tipo de travesura infantil de la que sólo su ausencia podría preocupar. Los primeros años en Abergan se reducían a unas vacaciones más o menos esporádicas en casa de los abuelos, durante las Navidades, la Semana Santa o alguna fiesta nacional de esas que permitía puentear el fin de semana más allá de lo habitual. A los padres les servía también para soliviantar aquellos compromisos ineludibles y así los nietos quedaban más que contentos en el pueblo, con tiempo y espacio de sobra para disfrutar. Aunque en verano no había colegio se madrugaba sin obligación, ayudaba el alba que se anunciaba claro, despejado, entre tanto silencio; sólo el gallo en el corral osaba desafiarlo y los pájaros, que inundaban de trinos el amanecer. La mañana se presentaba plena y amplia por delante, igual que los inmensos campos verdes que descansaban en el llano, delante de la casa, invitando a recorrerlos, a explorarlos, a ser descubiertos, nada más tentador para unos niños ávidos por aprender y quemar energías.

-...¡Mira, así! Ya me sostengo... -no había acabado de pronunciar estas palabras cuando Enrique cayó de la bicicleta al suelo, una vez más.

Era el primo mayor, un año más tan sólo, pero lo suficiente para llevar la voz cantante en todas las novedades que estrenábamos. Aunque un año menor, yo era más atrevido...

-¡Déjame, ahora me toca!... Verás.

Subí a la bici y descendí por el polvoriento camino que conducía hacia abajo, entre los prados; sorteando baches y piedras conseguí avanzar unas decenas de metros antes de posar un pie en el suelo y controlar la caída. Era una bicicleta de señorita y, gracias a la ausencia de barra, podíamos llegar con los pies hasta los pedales, aunque sin lograr sentarnos. La encontramos en un rincón del desván, abandonada entre telarañas desde hacía años, desde que la tía Celia, la tía pequeña, la menor de las tres hermanas, la olvidó allí para marcharse a trabajar a la ciudad, como antes lo hicieron sus hermanas, la madre de Enrique, mi tía Lucila, y también, Telma, mi madre. Nos pusimos tan pesados que al abuelo, ante tanta

insistencia, no le quedó otro remedio que bajarla del pajar y adecentarla lo preciso para que de nuevo volviese a rodar. Aquel verano nos habíamos propuesto aprender a montar en ella, los avances iban en progresión geométrica y, una vez superadas las primeras magulladuras, no tardaríamos en mantener el equilibrio de forma ininterrumpida sobre sus dos ruedas. Era cuestión de días.

A la mañana siguiente madrugué más de lo acostumbrado, pero no bajé directo al gallinero, como cada día, para recoger los huevos con que las primeras gallinas ponedoras saludaban al amanecer y nos brindaban el primer desayuno. No, esta vez salí decidido a la calle; abrí y cerré el portón con cuidado, para que no me oyeran, y me hice a hurtadillas con la bici, quería ser el primero en aprender a dominar aquel artefacto con el que otros muchachos a mis años ya efectuaban auténticas piruetas acrobáticas.

Enfilé la cuesta abajo con determinación; antes de alcanzar las curvas había una larga recta idónea para llanear dando pedales. Las primeras pedaladas sirvieron para coger impulso, luego simplemente me dejé llevar por la inercia de la velocidad adquirida, de pie sobre la bici, como los escaladores de montaña que había contemplado en el televisor. La pendiente pronunciada se acercaba a la zona de curvas, las dos primeras algo más suaves, pero ya entonces percibí que algo no marchaba bien... La velocidad había aumentado considerablemente y toqué, leve, los frenos del manillar, aunque sin efecto alguno. En la segunda curva la bicicleta bajaba ya desbocada, no quería volver a frenar y arriesgué, aquella endemoniada velocidad crecía imposible de parar. Habría probado a decelerar con la suela del zapato, como en otras ocasiones, pero ya me encontraba dentro de la gran recta y no quería desaprovechar aquella oportunidad, así que continué, imparable, rápido, hacia el final de la recta que, medio asfaltada, contribuía aún más en acrecentar el incontrolable descenso. Nunca había llegado tan abajo, ya rozaba los límites que nunca había traspasado, que separaban el final de la cuesta del peligro de la carretera general, que se anunciaba con su inmenso rugido, atravesada de continuo por un ejército de vehículos y camiones. Agarré con fuerza el manillar, intentando controlar lo que ya se había escapado a mi voluntad. Me temblaban las manos, los brazos, hasta la bicicleta tembló cuando entró en el asfalto liso y limpio de la carretera. Entonces, más fácil de hacerse con la situación, debido a la calidad del firme, doblé el manillar y giré la dirección con suavidad, pero enérgico, en semicírculo, para volver de nuevo a la entrada que conducía cuesta arriba, por donde había venido. Allí eché el pie al suelo, me sequé el sudor de la frente con

el dorso tembloroso de la mano y mezclé un suspiro de susto con un silbido, mezcla de puro miedo y de milagro. Quiso la casualidad que en aquel preciso instante ningún vehículo pasara por aquella carretera tan transitada ni que se interpusiera en la trayectoria de tan descontrolado descenso...

-...¡Dios mío, por pocas!... -nunca podría contar que había bajado hasta allí con la bicicleta, mejor sería callarlo si pretendía continuar intentando practicar durante aquel verano. Subí la cuesta andando, empuñando el sudado manillar de costado, latiéndome aún el pecho por la impresión, jadeando con la respiración sobrecogida.

Cuando llegué a la casa, el primo Enrique estaba allí sentado en la entrada, como si esperase desde hacía largo rato. No hizo falta que le contara nada, Enrique habló primero...

-...Anoche quité las zapatas, para limpiarlas.

# Capítulo VI

## *POR LA MAÑANA*

Esmeralda reía a mandíbula batiente con el final inesperado de mi historia.

-¡Sin frenos! ... Imagino la cara que se te quedó con aquella respuesta.

-¡Con el susto, dirás! —exclamé también entre risas.

Estaba preciosa riéndose. A Esmeralda todavía le sentaba mejor la risa en aquel paisaje de Abergan, entre aquella luz que tantas veces había perseguido, que me había propuesto retratar en mis pinturas y que, de algún modo, estaba presente en los lienzos amontonados en una pensión lejos de allí ahora, pero muy próximos en el espíritu de la mezcla de colores y tonos conseguidos.

Llegamos con el calzado mojado, fatigados por la incómoda marcha bajo la lluvia más que por la caminata. Nada más entrar a nuestra habitación me regalé una ducha regeneradora; luego, Esme, llenó la bañera y dejó pasar las horas sumergida con la espuma hasta el cuello. La tarde nos había dejado sin apetito, pero acompañé a Esmeralda en una cena frugal en el comedor del hotel, mientras conversamos sobre los planes del siguiente día. Esmeralda calculaba los días que podía permitirse esta improvisada escapada.

-...El próximo fin de semana tendré que estar en Madrid de nuevo.

-Estarás —le tranquilicé—, aunque antes quiero aprovechar aquí el tiempo.

Aquella noche nos acostamos, derrengados, sin encontrarle explicación justificada, ya que tampoco habíamos realizado un gran esfuerzo, aunque ella expuso sus poderosas razones:

-Me he puesto mala.

Afronté con resignación el reto de una noche en la que el sueño no tardara demasiado en vencerme para apaciguar así mis tensiones. Sin embargo la mano de Esmeralda tanteó bajo las sábanas en mi búsqueda; y me encontró...

\* \* \*

El amanecer se filtraba en la habitación a través de la contraventana a medio cerrar, repartiéndose en hilillos luminosos; los pájaros llevaban cantando un largo rato y, poco a poco, me había ido despertando, suave, reflexivo, reconociendo aromas, sonidos, identificando el lugar con una sensación familiar de plenitud, casi de felicidad. Contemplé el cuerpo arremolinado de Esmeralda entre las sábanas y me levanté con cuidado en busca de los lápices y la carpeta de dibujo; sentado en una esquina del dormitorio esboqué varios apuntes de una mujer desnuda entre los pliegues de una tela de raso.

Me estaba afeitando cuando Esme se acercó por detrás y me rodeó la cintura con sus brazos perezosos. A mi pregunta sobre qué tal había dormido respondió con un beso ni largo ni breve, ni de amante ni de amigo, pero complaciente.

-¿Preparada? –ella puso un gesto perezoso de disgusto- Pues venga...

La apremié para no perder tiempo; se arregló conmigo detrás insistiendo y, aún más rápido desayunamos, apenas un café bebido con algunas galletas. Reí cada vez que su malestar, a causa de mis prisas, amenazaba con alcanzar el enfado y así logré sofocar la tensión, al tiempo que también mi propósito.

Iniciamos el paseo por el camino que nos trajo de vuelta la tarde anterior. La primera luz del día auguraba una jornada limpia que, a ratos, avanzaba y crecía en nitidez, ayudándonos a descubrir matices nuevos con el asombro inocente de una primera vez. Así de intenso era todo lo que acontecía en Abergan. La magia de Abergan había hechizado también a Esmeralda y parecía inundada, reluciente de un aura que la hacía más entrañable, aún más real.

-¡Ahí, ahí está! Esa es... –exclamó al reconocer la casa de mis dibujos.

La casa de los abuelos asomaba entre la maleza que había ido ganando terreno en los últimos años de abandono. El tejado curvado resistía los embates del tiempo y las ventanas, aunque cerradas, mostraban algunos cristales rotos. El zócalo que bordeaba la fachada, que en su día adornaron hortensias, narcisos y rosas, ahora contenía tierra dura y reseca; sólo un rosal ancho y grande había soportado el olvido y había crecido a su libre albedrío, enfrente mismo de la ventana, apoyando su tallo rugoso en el alféizar. Esmeralda se acercó para olerlo, se contuvo de arrancar un capullo; era de un color rosa anaranjado intenso.

La portilla de madera que daba paso de la casa a la huerta estaba semicaída, podrida; la sostuve en alto para apartarla y entrar. La hierba alta me llegaba casi hasta la cintura y cubría todo el terreno. Al enorme



laurel que siempre se sostuvo en la orilla del cercado lo había volcado algún temporal y estaba tendido en mitad de la huerta.

-...¡Qué pena! –a Esme le brotó espontánea la expresión lastimera- ¿Nadie se ocupa de esto? Es un lugar precioso...

-Nadie, una verdadera pena –asentí.

Me adentré entre la hierba alta hasta la zona de árboles frutales. Allí seguían en pie los manzanos y perales; me gustó siempre aquel manzano de ramas gruesas y retorcidas al que trepaba con facilidad y el peral en el que colgábamos las cuerdas del columpio; también la enorme higuera, de denso follaje, entre la que me escondía para otear el camino que pasaba frente a la casa, sin ser visto; daba unas brebas grandes y jugosas de las que no desperdiciaba ni el pellejo. La otra mitad de la huerta, justo a partir de donde el laurel caído había marcado la frontera, siempre fue un maizal; ahora la hierba alta lo inundaba todo. A los pies del laurel había seguido creciendo una palmera mediterránea, de tronco peludo, por el que reptaban las zarzas y, en su base, descansaban restos de lo que en su día fue un gran fresal, ahora apenas distinguible entre las malas hierbas y pedazos de cerámica de algún tiesto roto. No pude evitar el recuerdo de la colección de maceteros, todos coloreados, que mi abuela disponía a la orilla de la entrada, y el mimo con que los regaba y cuidaba; cada platillo y cada tiesto de diferente color, componían un conjunto del todo armónico, vistoso. A la izquierda, al amparo de un matorral de hortensias, bajo los melocotoneros, solíamos extender las mantas o unos sacos para echar la siesta o para jugar a peleas de niños.

Esmeralda me llamó con un chillido, acababa de descubrir los cerezos. Una leve depresión del terreno descendía a otra zona verde, que constituía una huerta exclusivamente plantada de cerezos; el costado orientado a la casa colindaba con el gallinero, ahora embarrado y vacío, depósito de escombros y de la basura de algún vagabundo que por allí deambuló de paso. Los escalones labrados en la tierra para descender se habían borrado y el calzado de Esmeralda no era el más apropiado para aquella bajada, así que propuse dar un rodeo por fuera de la casa para alcanzar la otra entrada a esta huerta apartada, casi escondida a la vista desde el exterior. Al bordear la casa pude comprobar que si la fachada estaba bastante dañada, al tejado solamente debía sostenerle la viga maestra; se aguantaba de puro milagro. Los hilos del tendido eléctrico colgaban del fresno que se erguía vigilante, a la entrada de la cuadra. La madera del portón de la cuadra mostraba un aspecto correoso y las zarzas se habían introducido a través del marco desvencijado de la ventana. Casi resultaba imposible acercarse hasta la entrada a causa de la cantidad de

zarzas y ortigas que se habían extendido de forma incontrolada. Los rosales que antes adornaban el borde norte de la casa se mezclaban ahora con las zarzas retorcidas, absorbidos por ellas; tan sólo una hilera de Mantos de la Virgen asomaban sus tulipas blancas entre los gruesos tallos de espinas que el zarzal había desarrollado.

Seguimos el camino hacia la fuente y en el margen izquierdo, a la altura de la gran castañalera, descubrí el paso a la huerta de los cerezos, aunque también obstruida por una muralla de zarzales crecidos. Utilicé una vara de avellano caída del cercado para abrirme paso y evitar las espinas; antes también limpié de ortigas el acceso. Entonces invité a Esmeralda a subir; quedó encantada con la huerta de los altos cerezos, esbeltos, cargados de fruta, allí aislados, un regalo sólo para ellos. Me costó trabajo sacar a Esmeralda de su embeleso, pero logré que continuara el paseo a regañadientes, con la promesa de que teníamos que volver a aquel privilegiado lugar.

De la huerta de los cerezos bajamos hacia el lavadero, siguiendo el camino que conducía a la fuente. Esmeralda probó el chorro de agua fresca que brotaba libre. Se asombró de que toda aquella agua se perdiera. -Si taponáramos ese grifo la fuente estallaría –le aclaré, aunque sin comprender tampoco aquel derroche de un bien tan preciado; sobre todo cuando otras zonas padecían escasez-, claro que aquí en el norte las lluvias son las encargadas de renovarla de continuo.

Le mostré a Esmeralda el sendero oculto que conducía, a través del bosque, hasta el pueblo, a un paso del centro mismo. Mi abuela lo utilizaba para acercarse a la tienda a comprar productos de primera mano; yo la acompañé en innumerables ocasiones. Solía esconder las botas de trabajo en el campo, al borde del camino, entre las zarzas, para recogerlas al regreso. Ascendimos por los verdes prados de Abergan hasta la pradería inmensa de San Roque, desde donde se podía contemplar toda la población, abajo, con sus casas de chimeneas humeantes y grupos de ganado diseminados por los campos. También se distinguía la autovía que respetaba el núcleo central y bordeaba el pueblo por un costado. Al descender por la empinada cuesta, Esmeralda dio muestras de cierto malestar.

-¿Te encuentras mal? –recordé su comentario de la noche pasada.

-Debe ser debilidad, tal vez si comiéramos algo...

Entonces caí en la cuenta de que el tiempo no había pasado en balde, que nos llevaría más tiempo del que había calculado visitar en aquel recorrido todos los campos de Abergan y que era el momento de regresar al hotel; tal vez con el estómago lleno y después de un ligero descanso

pudiéramos continuar desde el punto en el que lo dejábamos. Esmeralda acogió la idea con entusiasmo, a pesar de la curiosidad que la consumía.

# Capítulo VII

## *TARDES DE ABERGAN*

Las mañanas de Abergan eran largas, inmensas. Los anchos prados ofrecían un horizonte amplio por delante, que explorar y recorrer. En los días calurosos nos bañábamos en el lavadero, una pila de piedra, de escasas dimensiones, pero que bastaban para llenar nuestras expectativas de diversión infantil, de chapotear en el agua, a falta de mejor piscina. La abuela había improvisado unos bañadores de tela hechos con calzoncillos viejos remendados, sujetos por enormes imperdibles para adaptarlos a nuestra particular anatomía infantil. Pero incluso en los días de lluvia, que tampoco escaseaban en verano, el escenario de Abergan se prestaba a las más sutiles invitaciones.

Me gustaba subir al desván; una puerta baja conducía a otra estancia más pequeña, en la que los reflejos de la luz se colaban entre las rendijas de las tejas mal colocadas y dibujaban arabescos que adornaban la piedra de las paredes creando una atmósfera de ensueño, casi mágica. Allí me sentaba a no hacer nada, de vez en cuando; pero en esos días lluviosos en los que se hacía imposible salir afuera, aquel lugar era el refugio preferido al que me retiraba a dibujar. Ya entonces dibujaba; mis dibujos despertaban expectación y, en el entorno familiar y de mis seres más allegados, era reconocida esa habilidad para plasmar en el papel instantáneas o retazos del mundo circundante, con fidelidad y rigor estético en el detalle, que luego les regalaba y que guardaban con cierta veneración.

\* \* \*

Aprovechamos la tarde para descansar del primer paseo de Esmeralda por Abergan; llevados por la emoción habíamos querido abarcar demasiado el primer día y ambos acusábamos el cansancio. Nos propusimos que al día siguiente llevaríamos unos bocadillos que nos permitieran no interrumpir la excursión en lo mejor. Pasamos así la tarde en la habitación, de una a otra foto de los lienzos y dibujos que Esme había realizado antes de salir de viaje; no pude menos que reconocer su buen acierto con el detalle y la elección. También yo había traído mi carpeta de dibujo, que siempre me acompañaba en cualquier

desplazamiento, fuese más o menos lejano, y donde guardaba tanto dibujos antiguos, de significado especial para mí, como los más recientes, hechos a pie de calle, del natural; tal era la misión de aquella carpeta. A Esmeralda le asombraba la elegancia del trazo.

-Las líneas son ágiles... –decía, mientras hojeaba los detalles de unos estudios que había hecho sobre nubes entre edificios-, me gusta el efecto que consigues de ligereza, como un difuminado suave.

-...Las nubes tienen forma, tienen asiento como el de una mesa, yo las pongo sombra, ¿ves esta zona azulada?, así tienen cuerpo...

Ella escuchaba con atención mis peroratas de artista y yo, complacido, detallaba pormenores de mis trabajos que nunca había contado, que siempre pensé que a nadie importaban.

Esmeralda repasó en concreto la serie de dibujos que mostraban detalles de árboles, casas, pájaros, niños jugando, correteando por el campo, mientras conversamos sobre arte. A Esmeralda le gustaba escucharme teorizar, decía que podría escribir un ensayo algún día; atendía absorta mientras le exponía mis convicciones, siempre obedientes a un criterio práctico. Sin embargo, he de achacarlo al paisaje envolvente de Abergan, no encuentro otra explicación, pero su interés abandonó el rumbo original, orientado hacia el trabajo de su reportaje artístico, para dar un giro repentino a sus preguntas que se centraron, a partir de ese instante, en el terreno personal, familiar sobre todo. Sin sorprenderme, no obstante, me atuve presto a resolver.

Ella misma me lo pidió:

-Háblame de tu primo Enrique...

## ...Continúa

**\*NOTA:** *Solamente es una muestra,  
pero si te interesa seguir leyendo,  
contacta con el autor:*

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

**¡ GRACIAS A TI !**

- *INDICE* -

Merece la pena  
El reencuentro  
Regreso al pueblo  
Otro domingo  
Verano en Abergan  
Por la mañana  
Tardes de Abergan  
El primo Enrique  
Paseo  
Los abuelos  
En la ciudad  
Telma  
Celia  
Noches de Abergan  
La historia de Esmeralda  
La abuela  
Parcela a parcela  
En el hotel  
La trama  
Los últimos días  
Una casa nueva  
El secreto de Esmeralda  
Más cerca de Abergan  
En Abergan  
Siempre Abergan  
Deuda pendiente  
Por la costa  
Piezas sueltas  
Otros veranos  
Vueltas del verano  
Campos verdes

# EL AUTOR



*El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela **TODOS LOS VERANOS**, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.*

[leetamargo@gmail.com](mailto:leetamargo@gmail.com)

SANTANDER  
2010

=====

© Luis Tamargo.